

mi abuelo al menos no le perdona-
ron. ¿Conoce usted el término
«represión franquista»? Si quiere le
recomiendo unos cuantos libros.
Pero ya ve que no entro en detalles
del pasado, porque vivo en el pre-
sente y prefiero no acordarme, pero
tampoco olvidarlo. Usted se dirá:
¿qué sabrá éste si no lo vivió?, pero
me ha interesado siempre este capí-
tulo negro de la historia de España y
estoy en disposición de hablar de
ello.

Para terminar, dejen de atormentar a las mujeres que practican el aborto porque desconocemos su situación. Lo que hay que hacer es estar a su lado porque estoy seguro que ninguna lo hace por gusto. Se merecen el máximo cariño. **Oscar Roiz**

El Berrón (Siero)

Cuca y Trevijano

Al comenzar su conferencia recientemente celebrada en Gijón, Antonio García-Trevijano se refirió a un hecho histórico sucedido en Asturias. Con motivo de las huelgas de primeros de los años sesenta, varias mujeres de mineros, tras ser detenidas, fueron humilladas y violentadas, suministrándoles a la fuerza aceite de ricino y tonsurando sus cabezas (que dijo el conferenciante), es decir, cortándoles el pelo al cero, para pública burla y escarnio. Eran tiempos del régimen de Franco y de don Manuel Fraga Iribarne formando parte de su Gobierno, como ministro de la Gobernación. Ante las protestas que se suscitaron por actos tan vejatorios, el inefable Fraga, con su personal estilo, se manifestó irónicamente, sorprendiéndose de que

se armara revuelo por lo que «al fin y al cabo, no deja de ser una simple tomadura de pelo».

Por aquel atentado contra la dignidad de las personas, en este caso mujeres, que forma parte minúscula del abultado currículum del hoy «virrey de Galicia» (como lo calificó Trevijano), creyó oportuno el conferenciante iniciar su acto público con un desagravio a la mujer asturiana. Sin embargo, una que (como yo) allí estaba, le pareció muy graciosa la cosa, al igual que el resto de lo que allí se escuchó, pues como «comedia» lo ha descrito. Además, a la señora Cuca Alonso (como se apoda la cronista), no le parece aún a estas alturas muy claro que aquel acto vergonzoso y el posterior y despreciable comentario del Ministro franquista supusieran una afrenta para las mujeres asturianas, atentando a su «honor, que por lo visto, nos había quitado», como textualmente escribe refiriéndose a Fraga.

Pues bien, yo (que aún no había nacido cuando tales cosas pasaron) me sentí en el momento de oírlo, entre más de 300 personas, igual que un estropajo. No hay más que ver a doña Cuca, con su pose de Pitita Ridruejo versión gijonesa, para saber que su espléndida cabellera siempre estuvo gloriosa cara al sol, sin rapado «skin-head» anticipado a su época. Ni que tampoco necesitó de aperitivo vomitivo alguno en su vida para que le entrara la gana de comer, pues su estómago siempre estuvo muy satisfecho. No como el mío, hecho polvo tras leer sus veleidades fascistillas de mesa camilla.

Ana Ucha Guerrero
Gijón